

COLECCIÓN CASA EUROPA, 10
UNA NACIÓN DE INMIGRANTES

Título original: *A Nation Of Immigrants*. Publicado originalmente en 1959 bajo el mismo título. © Pickle Partners Publishing 2016.

© Confluencias, 2018

www.editorialconfluencias.com

Diseño y producción: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Corrección ortotipográfica: Gabriel Santos

Revisión y coordinación editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en ESCOBAR IMPRESORES, Almería, España

ISBN: 978-84-948202-3-6

Depósito legal: AL 475-2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JOHN FITZGERALD
KENNEDY

UNA NACIÓN
DE INMIGRANTES

Traducción de
José Jesús Fornieles Alférez



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

Prólogo por Edward M. Kennedy	9
I. Una nación de naciones	15
II. Por qué vinieron	21
III. Olas de inmigración y las fuerzas prerrevolucionarias	29
IV. Oleadas de inmigración. Las fuerzas posrevolucionarias	69
V. La contribución de los inmigrantes	91
VI. La política inmigratoria	99
VII. ¿Dónde estamos?	111
Epílogo. Unas palabras por Abraham H. Foxman	119
Créditos de fotografías	127

PRÓLOGO

Mi hermano Jack escribió *Una nación de inmigrantes* en el año 1958, y sus palabras son tan cristalinas hoy como cuando se escribieron hace medio siglo. Nadie ha hablado con tanta elocuencia sobre nuestra historia, una herencia que cristalizó en una nación de inmigrantes; nadie defendió con mayor tenacidad el tratamiento razonable y racional de las leyes inmigratorias como el presidente Kennedy.

Uno de sus últimos actos como presidente fue la propuesta de una serie de leyes que afectaban a ciertas normas de inmigración, sobre todo para acabar con un infundado criterio que se basaba en la raza, y que había originado el sistema de cuotas que definía la política de admisiones de aquella época. Como dijo al Congreso en julio de 1963: «La aprobación de esta legislación no resolverá todos los problemas importantes en el ámbito de la inmigración legal; pero sí nos proveerá de unas fortalecidas bases sobre las cuales se puedan construir y desarrollar unas leyes que sirvan a

los intereses nacionales y reflejen en cada detalle los principios de igualdad y dignidad humana que nuestra nación suscribe».

Hace siglo y medio, algunos antepasados de nuestra propia familia cruzaron el Atlántico en busca de éxito, en aquellos famosos veleros, conocidos como «barcos-féretro», a causa de la gran cantidad de personas que morían en aquel arduo viaje. Llegaron al puerto de Boston, subieron las *Golden Stairs* y pasaron por el Immigration Hall de la ciudad, en su camino por conseguir una vida mejor, para ellos y para sus familias. Desde mi oficina en Boston puedo divisar aún esas Doradas Escaleras, por lo que estoy constantemente recordando mi ascendencia migratoria.

Como el presidente Kennedy dijo: «Este es el secreto de América: una nación de ciudadanos con memoria de sus viejas tradiciones pero que, sin embargo, osaron explorar nuevas fronteras; gente ansiosa por construir nuevas vidas, en una sociedad abierta, que no restringiera su libertad de elección ni de acción».

La inmigración está en nuestra sangre. Es parte de nuestra historia, desde sus comienzos más inmediatos. En los primeros 1600, hombres y mujeres se enrolaron en barcos de vela, buscando libertad y una vida mejor. Llegaron a Jamestown y Plymouth y fundaron una gran nación. Durante siglos, otros hombres y otras mujeres, todos valientes, les siguieron, tomando la difícil decisión de dejar sus hogares, para buscar una vida mejor en esta tierra prometida.

En el puerto de Nueva York se erige una estatua que representa este ideal que ha hecho a esta nación grande —La libertad iluminando el mundo—.

A sus pies, sobre el pedestal en el que la estatua de la Libertad se eleva, están inscritas estas elocuentes palabras de la poeta Emma Lazarus:

Enviadme a vuestros rendidas,
a vuestras pobres
masas hacinadas
que anhelan respirar en libertad,
a los desamparados rechazados en multitud de costas,
enviadme a estos, los desamparados,
sacudidos por las tempestades, a mí.
¡Yo elevo mi faro detrás de la puerta dorada!

Los inmigrantes acuden hoy desde todos los rincones del mundo, representando cualquier raza y cualquier credo. Trabajan duro. Y practican su fe. Aman a sus familias y aman a este país. No tendríamos un país tan grande sin ellos. Pero permanecer fieles a esta historia y a esta herencia es una prueba a la que hay que hacer frente.

La cuestión ahora no es llegar a saber qué tipo de leyes sobre la inmigración deben ser reformadas para enfrentarse a los problemas del siglo XXI. Lo urgente es preguntarse acerca de lo que queremos ser en el futuro, cuál debe ser el futuro de América. Estar orgullosos de nuestros inmigrantes del pasado y de los inmigrantes del futuro. Conocemos el alto precio que produce la inacción. Muchos ataques y otros actos viles aterrorizarán a nuestras comunidades y a nuestros negocios. Doce millones de indocumentados, que tenemos hoy día, aumentarán significativamente. El trabajo mal pagado crecerá, perjudicando a nuestros trabajadores y a sus salarios. Los gobiernos locales y estatales tomarán cartas en este tipo de asuntos y

promoverán una serie de leyes, a buen seguro conflictivas, que perjudicarán nuestra economía. Tendríamos una especie de fronteras abiertas, inaceptable por otra parte en nuestro mundo.

En todo caso, las reformas de nuestras leyes sobre inmigración son una oportunidad para hacerlas conformes a nuestra idea de cómo debe ser nuestra nación. En el corazón de esta cuestión está la esperanza. Esperanza de una vida mejor para la gente que trabaja duro y sus familias. Esperanza para sus hijos. Martín Luther King tuvo el sueño de que los niños pudieran ser juzgados solamente por «el contexto de su carácter». Ese sueño nunca morirá. Yo creo que pronto se podrán confirmar estas reformas que nuestros ideales y nuestra seguridad nacional demandan.

Mientras continuamos en esta batalla, la inspiración de la vida de los inmigrantes, que están junto a nosotros, no se puede dejar desvanecer. Desde Jamestown a los peregrinos y a los trabajadores irlandeses de hoy, todas las personas han llegado a este país en busca de oportunidades. No han buscado otra cosa que una oportunidad para poder trabajar y construir una vida mejor para ellos y sus familias. Vienen a nuestro país con el corazón y la mente llenos de esperanza. Creo que podremos promulgar un tipo de reformas claras, prácticas y fuertes, que sean dignas de compartir nuestra historia, como inmigrantes y como americanos.

A este desafío encomiendo este volumen. Escrito hace cinco décadas, pero con una poderosa visión, que aún nos guía.

Edward M. Kennedy

JOHN FITZGERALD
KENNEDY

UNA NACIÓN
DE INMIGRANTES

I

UNA NACIÓN DE NACIONES

El 11 de mayo de 1831, Alexis de Tocqueville, un joven aristócrata francés, desembarcó en el bullicioso puerto de Nueva York. Había cruzado el océano para intentar comprender las implicaciones de la civilización europea en el nuevo experimento democrático que empezaba a desarrollarse en la lejana orilla del Atlántico. En los nueve meses posteriores, Tocqueville y su amigo Gustave de Beaumont, viajaron a lo ancho y largo de la mitad este del continente, de Boston a Green Bay y de Nueva York a Quebec, en busca de la esencia de la vida americana.

Tocqueville quedó fascinado por lo que vio. Se sorprendió gratamente de la energía de este pueblo que estaba construyendo por entonces una nueva nación. Admiró muchas de las nuevas instituciones políticas, así como sus ideales. Quedó impresionado por un espíritu de igualdad que preservaba tanto la vida como las costumbres de las gentes. Aunque tenía sus reservas sobre alguna de las expresiones que podía adoptar este espíritu, podía no obstante distinguir entre todos los aspectos que a la vez la sociedad americana iba

desarrollando: política, negocios, relaciones personales, cultura, pensamiento. Esta tendencia hacia la igualdad contrastaba sorprendentemente con la sociedad clasista de Europa. Pero Tocqueville consideraba que «la revolución democrática» era irresistible.

«Si tuviera que realizar una valoración entre el pasado y lo que pueda deparar el futuro —señala—, no tendría ninguna preferencia hacia ninguno de ellos, y podría con sosiego contemplar los aspectos que conlleva la cuestión de ambas dimensiones.» A su vuelta a Francia, Tocqueville convirtió su desapasionado y penetrante juicio del experimento americano en un gran libro: *La democracia en América*. Nadie, ni antes ni después, ha escrito sobre los Estados Unidos con una introspección semejante. Y, contrastando el éxito de las sucesivas olas de inmigración acaecidas en Inglaterra, Francia, España y otros países europeos, Tocqueville identifica un factor particular en la fe democrática americana.

«Todas las colonias americanas contenían los elementos necesarios, si no su desarrollo, por los que poder constituirse en una completa democracia. Dos causas conducían a este resultado. Se puede afirmar que al dejar la madre patria, el emigrante no tiene un concepto de superioridad sobre cualquier otro; y la felicidad y el poder no parten hacia el exilio, y no hay más garantías sobre la igualdad que la pobreza y el infortunio.»

Para mostrar el poder del espíritu igualitario de América, Tocqueville añade: «Ocurre, sin embargo, en algunas ocasiones, que personas de mayor rango se trasladan a América por cuestiones religiosas o políticas.

Algunas leyes llegaron a dictarse para establecer una gradación por categorías, pero pronto se encontraron con que el suelo de América era opuesto a cualquier tipo de aristocracia territorial».

Lo que Alexis de Tocqueville vio en América fue una sociedad de emigrantes, donde cada uno comenzaba una nueva vida, y todos ellos en pie de igualdad. Este era el secreto de América: una nación de individuos, con la memoria aún latente de sus antiguas tradiciones, que osaban explorar nuevas fronteras; gente ansiosa por construir sus propias vidas en una sociedad amplia, que no restringiera su libertad de elección y acción.

Desde 1607, cuando los primeros colonos ingleses llegaron y alcanzaron el Nuevo Mundo, 42 millones de personas han emigrado a los Estados Unidos. Esto representa la mayor emigración, que se recuerde, en toda la historia. Esto significa dos veces y media toda la población que vive en Arizona, Arkansas, Colorado, Delaware, Idaho, Kansas, Maine, Montana, Nevada, New Hampshire, Nuevo Méjico, Dakota del Norte, Oregón, Utah, Vermont y Wyoming.

Otro indicador de la importancia de la emigración en América es que todos y cada uno de los americanos actualmente, con la excepción de un pequeño grupo, son inmigrantes o descendientes de inmigrantes.

¿La excepción? Personas como Will Rogers, descendiente de sangre cheroqui, quien afirma que sus antepasados estaban en la costa cuando llegó el *Mayflower*. Pero incluso algunos antropólogos creen que los indios fueron emigrantes procedentes de otro continente, que desplazaron a los americanos originales: los aborígenes.

En 350 años, una nación de casi 200 millones de habitantes ha crecido, y se ha poblado casi completamente por personas que han llegado de otros lugares o cuyos antepasados han venido de otras tierras. Como el presidente Franklin Delano Roosevelt recordó en una Convención de Hijas de la Revolución Americana: «Recordad, recordad siempre. Todos nosotros, ustedes y yo especialmente, somos descendientes de inmigrantes y revolucionarios».

Como todo gran movimiento social, la inmigración masiva de gentes al Nuevo Mundo ha dejado huella. No es una excepción. La interacción de culturas dispares, la vehemencia de los ideales que condujo a los inmigrantes a venir aquí, las oportunidades que la nueva vida les ofrecía, todo da a América un sabor y un carácter que la hace destacable e inequívoca, hoy, tal y como lo sintió Tocqueville en la primera mitad del siglo XIX. La aportación de los inmigrantes se puede entender desde muchos aspectos de nuestra vida nacional. Se percibe claramente en la política, en la religión, en los negocios, en el arte, en la educación e incluso en el atletismo. No hay ningún aspecto de nuestra nación que no haya sido tocado por nuestros antecesores migratorios. En todas partes los inmigrantes han enriquecido y fortalecido el estilo de vida de la nación americana. Como Walt Whitman dijo:

«Estos estados son el más amplio poema.
Aquí no hay simplemente una nación,
sino una rebosante Nación de naciones»

Para conocer América, entonces, es necesario comprender esta peculiaridad de la revolución social americana. Es necesario comprender por qué 42 millones

de personas abandonaron sus vidas para comenzar, en una tierra extraña, una vida nueva. Debemos saber cómo encontraron la nueva tierra y cómo ella los encontró; y lo más importante, debemos conocer qué importancia tienen estas cosas para nosotros, ahora y en nuestro futuro más inmediato.